

1989-1999: ¿progreso o regresión?

Philip Tavernier
Bert De Belder

Un informe crítico de Unicef sobre los antiguos países del bloque del Este

En 2001, la Unicef, el Fondo para la infancia de las Naciones Unidas, iba ya por el octavo informe¹ sobre lo que se ha llamado la "transición" del bloque del Este. Se trata hoy de 27 países de Europa central y del Este así como de la Comunidad de Estados Independientes (CEI, antigua Unión Soviética), con una población de 410 millones de habitantes. El informe da cifras y análisis sobre la pobreza, el estado sanitario y la tasa de escolarización de la región. Unicef se proponía el objetivo siguiente: "Examinar las tendencias del bienestar y la salud entre 1989 y 1999, la década de transición que cerraba la larga experiencia del comunismo y abría nuevas perspectivas de desarrollo." (p. IX).

Este objetivo deja traslucir claramente la orientación ideológica de los investigadores de Unicef: toda comparación objetiva entre los periodos del socialismo y de la restauración del capitalismo en esos países está excluida de antemano. Sin embargo, es particularmente edificante recorrer el material cifrado de este informe. Seguidamente examinaremos con una visión crítica la ideología política que anima a los investigadores de Unicef. Finalmente, citaremos algunos extractos de este informe que hacen referencia, ciertamente de manera muy dubitativa, a las realizaciones del socialismo.

1. Las cifras no mienten: la transición constituye una regresión

Datos socio-económicos

El informe de Unicef admite que "desde el inicio del proceso, los aspectos negativos de la transformación de la región sobrepasa los temores más serios." (p. 2) Aunque, según Unicef, la transición se haya desarrollado "fácilmente y de manera generalmente pacífica" (p. 3), más de un tercio de los países concernidos han conocido conflictos étnicos o guerras. A causa de esto, 2,2 millones de personas se han convertido en refugiados en su propio país y otro millón se han refugiado en el extranjero.

Los años 90 fueron años particularmente malos, hablando económicamente. En el punto más bajo, el ingreso nacional de los países afectados había bajado entre un 13 y un 75 %, o sea una media superior al 40 %. Hacia el 2000, y casi en todas partes, se registraban de nuevo cifras de crecimiento, pero al inicio de 2001, el producto nacional bruto no alcanzaba el nivel de 1989 más que en 5 países. Calculado por cabeza, el ingreso nacional de 1999 no era superior al de 1989 más que en tres países tan sólo; de media, era un 30 % inferior (ver el cuadro 1 que se basa en el cuadro de las pp. 10-11 del informe de Unicef).

Cuadro I: Cambio en el producto nacional bruto por habitante, 1989-1999, diferencia en %	
Polonia	19,7
Eslovenia	9,7
Hungría	3,4
Bulgaria	-27,6
Rumanía	-22
Moldavia	-62,8
Yugoslavia	-59,1
Estonia	-16,6
Letonia	-34,6
Lituania	-37,9
Rusia	-42,2
Ucrania	-62,2
Georgia	-65,3
Kirguizistán	-44,2
Tayikistán	-63,5

Desde 1989, la desigualdad de los ingresos aumentó en toda la región. Se mide esta desigualdad de ingresos por medio del coeficiente Gini, en el cual 0 significa igualdad completa y 1 desigualdad absoluta (una persona recibe todo, el resto nada). Lo que sorprende también a Unicef es que, "al final del periodo comunista, la desigualdad de ingresos era en efecto relativamente débil comparada con la de los países OCDE (los 24 países más ricos, NdR)", pero que "la transición, en toda la región, ha desembocado en un aumento de la desigualdad". En las antiguas repúblicas soviéticas, el coeficiente Gini aumentó más de la mitad, en Europa del Este y en Europa central, un cuarto. En estas últimas regiones, la desigualdad de ingresos es hoy tan grande como en los países OCDE pero, "en Rusia, en Moldavia, en Armenia, en Georgia y en Tayikistán, la desigualdad de ingresos se asemeja más a la que se descubre en diversos países de América latina." En 1989, el 10 % de los rusos, georgianos y tayikos más ricos ganaba un poco más de tres veces lo que ganaba el 10 % más pobre. En 1999, era ya diez veces más. (p. 26).

El factor más importante en la profundización de este abismo, cuyas causas son múltiples, es la tensión salarial. Hoy, en los antiguos países del bloque del Este, hay más trabajadores con un bajo salario (inferior a los dos tercios de la media nacional o mediana², según la definición de la OCDE), que en los países de la OCDE, donde la media es del 14 %.

“Desde la caída del comunismo, el número de niños, en las familias pobres, aumentó fuertemente, paralelamente a la bajada de los ingresos y al alza de la desigualdad”, señala Unicef (p. 31). En la región, casi 18 millones de niños viven en un estado de pobreza extrema (un ingreso inferior a 2,15 dólares diarios). Si nos atenemos a la definición más amplia de la pobreza (un ingreso inferior a 4,30 dólares diarios), se trata de casi 58 millones de niños, o sea más de la mitad del número total de niños! La Unicef calculó que la pobreza de los niños podría disminuir un tercio si se aumentasen los ingresos un 30 %. Haciendo disminuir la desigualdad un 30 %, la pobreza infantil disminuiría incluso en dos tercios. Luchando contra la desigualdad, se obtiene un doble efecto: se aleja la pobreza a la vez que se aumentan los ingresos. Pero la Unicef no quiere que saquemos la conclusión, sin embargo lógica, de que una sociedad redistribuidora es más importante que una economía de gran crecimiento: “El mensaje a extraer no es que el crecimiento es menos bueno para los pobres que la redistribución” (p. 39).

Europa del Este conoce también cambios demográficos dramáticos: el número total de niños, que era de cerca de 108 millones a principios de 2000, es 14 millones inferior al de 1989. Esta baja de fecundidad (número de nacimientos por mujer) condujo, sobre todo en Rusia, a una verdadera crisis demográfica: la población del país disminuye rápidamente y envejece. Entre 2000 y 2015, la población rusa todavía retrocederá de un 2,5 a un 7 %, según diversas estimaciones. La Unicef declara que “una baja de la fecundidad no es necesariamente una mala cosa”, porque constituye un fenómeno normal en los países que se desarrollan según un escenario que reposa sobre el crecimiento económico (pp. 20-21). Aquí, la Unicef presenta las cosas de forma invertida, porque en la ex-URSS y Europa del Este, la baja de fecundidad no constituye una evolución natural tras un período de crecimiento económico sino, al contrario, es precisamente la consecuencia de una profunda crisis socio-económica desencadenada por la restauración del capitalismo.

Tanto la accesibilidad como la calidad de la enseñanza han retrocedido en Europa del Este y en Europa central, al igual que en la Comunidad de Estados Independientes. La Unicef constata secamente que “la primera década de la transición no vino bien a los sistemas de enseñanza de la región. (...) La disminución del número de niños en el preescolar y en la enseñanza primaria constituye un duro golpe para la salud y la nutrición de los niños pequeños. Aún más alarmantes son los signos de retroceso en lo que concierne al principio de la escolarización primaria obligatoria en cierto número de países y el aumento de una sub-clase de adolescentes a los que no se encuentra ni en la escuela ni en el mercado de trabajo” (p. 88).

La Unicef resalta que “el aumento del número de familias rotas y de la delincuencia entre los jóvenes, la disminución de las inscripciones en la enseñanza secundaria, el aumento del número de recién nacidos abandonados y la baja del número de niños que terminan la escuela primaria eran cosas totalmente frecuentes en la región durante los años 90” (p. 13). El suicidio entre los adolescentes aumentó en catorce países.

Los indicadores de la salud

Entre 1990 y 1999, el exceso de mortalidad en la región se elevó a unos 3,2 millones de muertos (se trata del exceso de mortalidad en relación con la mortalidad que era previsible si, durante cada uno de estos 10 años, la tasa de mortalidad hubiera permanecido igual a 1989). De los 22 países de los que hay datos disponibles, ya sólo había 15 que, a fines de los 90, hubieran mantenido el mismo nivel de esperanza de vida que en 1989 (pp. 47-48). Sólo para Rusia, se contaban ya 2,6 millones de muertos excedentarios. Se trataba generalmente de hombres adultos, muertos de enfermedades cardio-vasculares y de “causas externas” como accidentes, asesinatos y suicidios. El stress psico-social, aquí, constituye un factor importante. “La baja de los ingresos familiares y el crecimiento de la pobreza y del paro han acarreado problemas financieros sin precedentes y han reducido la posibilidad de comprar mercancías y servicios, ejerciendo una influencia directa o indirecta en la salud. La inseguridad económica ha debilitado la capacidad de los individuos de gestionar psicológicamente el problema. La inflación galopante de principios de los 90 y el hundimiento del sistema comunista jugaron igualmente un papel en la regresión de la seguridad de existencia de las personas” (p. 49).

Habitualmente, se considera la tuberculosis como una enfermedad perteneciente al pasado lejano, una enfermedad de pobres o del tercer mundo, en razón de su vínculo directo con un bajo nivel de vida. En los países del antiguo bloque del Este, la tuberculosis está en pleno recrudecimiento. Entre 1989 y 1999, su incidencia (la aparición de nuevos casos) aumentó de media un 50 % en toda la región. La Unicef indica como causas: “la recesión económica, la pobreza, la inestabilidad social, la malnutrición, la superpoblación de las prisiones, el aumento de los sin-techo y la guerra...”

En el curso del mismo periodo, es cierto que la mortalidad de los recién nacidos disminuyó en toda la región, pero Unicef hace aquí dos puntualizaciones importantes. Primero, esto puede estar relacionado con la tasa de fecundidad: si hay menos nacimientos, los niños tienen más oportunidades de sobrevivir. Segundo, conviene relativizar las cifras oficiales: los sondeos han revelado cifras de mortalidad entre tres y cuatro veces superiores! (p. 53).

En Ucrania, en Rusia y en Armenia, cerca de un niño sobre siete u ocho está crónicamente sub-alimentado (‘stunted’ = atrofiado), esta cifra es más elevada que en Brasil o Turquía.

Durante el paso del socialismo al capitalismo, también aumentó la desigualdad en el acceso a los cuidados sanitarios. La Unicef imputa esto al hecho de que los pacientes, actualmente, deben pagar “honorarios informales” por una buena parte de los cuidados sanitarios, es decir, que el pago de los cuidados se efectúa fuera de los

canales oficiales. De esta manera, ocurre a menudo que los cuidados sanitarios se han hecho inabordables. En Tayikistán, el 33 % de las personas interrogadas sobre esto afirman que ya han renunciado a buscar una ayuda médica dado que no se la pueden permitir financieramente (p. 59).

2. El insensato alegato de Unicef a favor del capitalismo

Mientras que el informe describe los cambios que ha conocido la región desde 1989, los investigadores de Unicef no disimulan su anticomunismo: "El principal motor de cambio ha sido la reforma política y económica (el paso de un sistema planificado a una economía de mercado y de regímenes autoritarios a sociedades más participativas) (...) La mejora de los derechos humanos bajo todas sus formas ha sido uno de los principales objetivos de la transición, ya que los regímenes comunistas privaban manifiestamente a sus ciudadanos de algunos elementos clave de estos derechos" (p. 1). La importante representación de las mujeres en los parlamentos bajo el socialismo es ilusoria, para Unicef, porque esos parlamentos estaban de todos modos (...) "desprovistos del menor poder" (p. 7). Para Unicef, el desarrollo de la región debe efectuarse en un contexto "de aliento a los emprendedores nacionales y extranjeros, bajo la mirada observadora de una prensa independiente, de la sociedad civil y de las otras instituciones de un Estado democrático" (p. 1). Aunque los autores del informe admiten ellos mismos que los datos estadísticos disponibles no permiten deducirlo, declaran que asistimos a "un deslizamiento sano, muy alejado de la dependencia respecto del Estado y también alejado de la gestión desde arriba y que olvida al individuo" (p. 2). ¡Observen el empleo cínico del término "sano" cuando se cuenta un excedente de 3,2 millones de muertes!

Las fuentes de que dispone la Unicef no están sin embargo desprovistas de valor (pp. 15-16).

Para comparar la competitividad de los países de Europa del Este, el informe se apoya en los conceptos y cifras del World Economic Forum (Foro Económico Mundial), ese club particularmente elitista que, cada año, reúne en la lujosa estación de esquí alpino de Davos (o en 2002, en Nueva York), a unas 2000 figuras de pro de las multinacionales y de los gobiernos.

Tras la caída del muro de Berlín, asistimos a la creación del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD), a fin de que la transición hacia el capitalismo pudiese efectuarse sobre "buenas" vías financieras. La Unicef hace referencia aprobatoriamente, al "índice de reforma económica" del BERD que mide, como indicadores positivos de la reforma, cosas tales como la privatización, las reestructuraciones, la liberalización y la reforma del mundo bancario.

Así, la Unicef utiliza también un "índice de reforma democrática" que tiene en cuenta los acontecimientos políticos, la sociedad civil, la independencia de los medios y el funcionamiento de las autoridades. El problema es que ese concepto fue elaborado por la Freedom House, un "think-tank", una fundación de derecha, radicada en Washington, y que tiene claras relaciones con la CIA (ver recuadro abajo). ¿No es contradictorio que la Unicef saque su inspiración de una organización que quiere "hacer pasar a Cuba a la democracia", en otros términos, que quiere ver desaparecer el socialismo en Cuba, mientras que todas las instituciones de la ONU, hasta el Banco Mundial, no ahorran elogios para las realizaciones excepcionales de Cuba en materia de cuidados sanitarios y enseñanza?

Si esas instituciones hacen de hilo rojo, no es nada extraño que, para Unicef, el mensaje siguiente "parezca evidente": "El desarrollo de las instituciones democráticas y de las libertades civiles va emparejado con la creación de una economía de mercado" (p. 15).

La Freedom House: la libertad de zapar el socialismo

La Freedom House fue fundada hace sesenta años por la esposa del presidente americano de la época, Eleanor Roosevelt. En su texto de presentación, esta fundación pretende ser "un adversario encarnizado de las dictaduras de extrema izquierda y de extrema derecha", pero un simple vistazo a su página web (www.freedomhouse.org) tranquilizará seguramente a los dictadores de extrema derecha. Según sus propias declaraciones, en los años 40, la Freedom House era partidaria pronunciada de la fundación de la OTAN. Tomó la defensa de los "boat people" vietnamitas en los años 70, así como del sindicato anticomunista Solidaridad en los años 80. Además de Washington y Nueva York, tiene oficinas en Budapest, Bucarest, Belgrado, Kiev y Varsovia, lo que da testimonio de la importancia que la organización da a la restauración capitalista en Europa del Este. La organización es también un "adversario encarnizado de las violaciones brutales de los derechos humanos en Cuba, Birmania, China e Iraq".

El socialismo cubano constituye un blanco predilecto de la Freedom House. En enero de 1999, ésta lanzó el Cuban Democracy Project, que "pretende asistir al movimiento cubano a favor de la democracia" y "espera ofrecer su asistencia en la formación de un núcleo de dirigentes y de organizaciones de la sociedad civil cubana que sea armado a fin de preparar a Cuba para un paso pacífico y exitoso a la democracia".

La Freedom House "defiende los derechos de los militantes democráticos, de los creyentes, de los sindicalistas, de los periodistas y los partidarios del libre mercado." A estos grupos selectos, le asegura toda una serie de programas de formación en "democratización internacional". Pero la idea de base de la organización es, en todo caso, que la "dirección americana en los asuntos internacionales es esencial para la causa de los derechos del hombre y de la libertad".

El Consejo de Gestión de la Freedom House es un verdadero abanico del establishment americano de derecha. El presidente es Bill Richardson, antiguo embajador de los Estados Unidos en las Naciones Unidas. El secretario, Kenneth Adelman, fue hace nada sub-secretario de Estado de Defensa. Entre los miembros, encontramos al indiscutible Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero en materia de seguridad del presidente Carter y que es todavía un estratega de primer plano del imperialismo americano, Jeane Kirkpatrick, embajadora de extrema derecha de Reagan en las Naciones Unidas, Anthony Lake, antiguo consejero de la presidencia en materia de seguridad, el antiguo jefe de la CIA, James Woolsey, y Dan Quayle, vicepresidente de George Bush padre. El gran capital, también, está extremadamente bien representado con, entre otros, Ned Bandler, gran manitú de la multinacional Unilever, Malcolm Steve Forbes, Katherine Dickey Karol, de la multinacional farmacéutica Eli Lilly y Peter Ackerman del Crown Capital Group. Por medio de sus fundaciones, sin ninguna duda "humanitarias", estas multinacionales sostienen las buenas obras de la Freedom House. Este apoyo proviene también del National Endowment for Democracy (Fondo Nacional para la Democracia, otra tapadera de la CIA), de las Fundaciones Soros, de la US Agency for International Development (la ayuda americana al desarrollo, USAID), y de la US Information Agency (la propaganda americana en el extranjero...)

3. Y, para concluir, unas buenas palabras sobre el socialismo...

El Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas describe, en detalle, la terrorífica regresión de los indicadores económicos, sociales y sanitarios en Europa del Este y central, así como en la Comunidad de Estados Independientes. Pero, en ninguna parte se encuentra en este informe un análisis en profundidad de la degeneración de la situación económica, del abismo creciente entre ricos y pobres, del crecimiento del número de pobres, del descenso de accesibilidad a la enseñanza y de su calidad, o de los 3,2 millones de muertos excedentarios que cuenta la región. Unas orejeras ideológicas impiden llevar esos fenómenos hasta sus verdaderas causas: la destrucción de todo lo que aún quedaba del socialismo, la restauración de un capitalismo que no retrocede ante nada y la sumisión al imperialismo.

La Unicef incluso ve las cosas de color de rosa. Para todos los países de la antigua Unión Soviética, "los diez años próximos deberían permitir asistir a un importante crecimiento", lo que "constituye un entorno mucho más favorable en el que es posible realizar progresos sociales" (p. 23). Más o menos la misma cantinela de siempre. Y, en lugar de atacar las causas de la miseria infantil en crecimiento, la Unicef quiere combatir sus síntomas trasvasando el proyecto capitalista sazonado con una fina capa social-demócrata. "Aunque el desarrollo del sector privado sea incontestablemente esencial, importa en todo caso conservar un importante sector público" (p. 15). Los impuestos y transferencias sociales pueden tener una gran influencia en la reducción de la pobreza infantil. Lo mismo vale para los nuevos empleos y las ventajas sociales a las familias pobres con hijos (p. 44). El Estado del bienestar como salvador, una pizca de intervención pública para consolidar el paso al capitalismo. Porque, escribe preocupada la Unicef, si las desigualdades en el plano de los ingresos y la salud continúan desarrollándose, "pueden amenazar el apoyo a las reformas económicas y políticas" (p. 25).

Pero, incluso con amigos como los habituales de Davos, los banqueros europeos y los anticomunistas rabiosos de la Freedom House, la Unicef no consigue pasar completamente en silencio las destacables realizaciones sociales del socialismo. Si tenemos en cuenta el hecho de que estas tuvieron lugar en las condiciones más penosas posibles

(guerra civil, guerra mundial, embargo, aislamiento, etc.) y sin ninguna posibilidad de apoyarse en la explotación del tercer mundo o de la clase obrera de los países socialistas, estas prestaciones ganan todavía en importancia. El informe de Unicef cita algunas.

"Antes de 1989, la región conocía numerosas realizaciones que favorecían el desarrollo humano, como una pobreza reducida y un acceso universal a la enseñanza y la atención sanitaria. Existían pues ya, muchas cosas sobre las cuales se podía construir" (p. 1).

"En el periodo que siguió a la guerra, los países comunistas de Europa central y del Este realizaron destacables progresos en el retroceso de la pobreza, de la desnutrición, del analfabetismo y en la precencia de enfermedades infecciosas. (...) En Rusia y en la República Checa, por ejemplo, la mortalidad infantil bajó rápidamente durante los años 50. A principios de los 60, la mortalidad infantil, en Checoslovaquia, era comparable a la del Reino Unido y las cifras rusas no quedaban lejos" (p. 8).

"¿Cómo se realizó esto? Tres factores importantes saltan a la vista: a) El acceso universal a la atención sanitaria y a las vacunas se tradujo en una regresión importante de las enfermedades infecciosas; b) Un sistema de enseñanza muy vasto erradicó prácticamente el analfabetismo y realizó la igualdad en el acceso a la enseñanza para los niños y niñas; c) La extrema pobreza fue eliminada" (p. 47).

"Los límites oficiales de pobreza en la región eran estimados más bien en sentido amplio. Constituían un reflejo de las altas normas alimentarias heredadas del periodo socialista y comprendían proporciones relativamente elevadas de productos alimentarios caros, como las grasas animales y la carne" (p. 33)

"Las realizaciones en el plano de la salud de la mujer eran muchas veces destacables, bajo el sistema comunista. Era útil que las mujeres tuvieran un nivel de instrucción elevado, más elevado que en otros países con el mismo nivel de desarrollo" (p. 55).

"Ciertos aspectos importantes de los programas de sanidad pública estaban bien implantados en el periodo comunista, como la proporción muy elevada de niños vacunados contra las enfermedades infecciosas" (p. 65).

Marzo de 2002

Philip Tavernier (médico, K. U. Leuven, 1986) trabajó durante cuatro años para Medicina para el Tercer Mundo, en un proyecto de atención sanitaria de base, con las comunidades indígenas de México. Intenta ahora obtener un master en medicina social en la Universidad Autónoma Metropolitana de México D. F. (UNAM).

Dert De Belder terminó sus estudios de medicina en la K.U. Leuven en 1985. Durante ocho años, trabajó en proyectos de atención sanitaria de base en Filipinas, en compañía de ONGs, orgnaizaciones populares y del movimiento guerrillero. Experiencia transcrita, con su compañera Rita Vanobberghen, en la obra Kasama. Atención sanitaria liberadora en Filipinas (EPO, 1997, en neerlandés). Desde 1999, Bert De Belder es coordinador de la Asociación Medicina para el Tercer Mundo. Es igualmente miembro del consejo de administración de los Grupos Filipinas Bélgica y de la ONG Bevestigde Wereld.

Título original: "1989-1999: progrès ou régression? Un rapport critique sur les anciens pays du bloc de l'Est", Études Marxistes, nº 58, 2002.

Tradujo del francés el camarada Asti.

www.gazkom.org

¹ Unicef (2001), A Decade of Transition. Regional Monitoring Report No. 8. The MONEE Project CEE/CIS/Baltics. Innocenti Research Centre, Florencia, Italia. Todas las citas provienen de este informe, salvo indicación contraria.

² La mediana es el valor central de una serie de números clasificados por orden creciente (si la serie de estos números es impar) o la mitad de la suma de los dos valores centrales (si la serie es par).